

Nixon, el marrullero

Una de las grandes sorpresas de mi vida, después de regresar al país tras una ausencia de más de ocho lustros, fue la noticia del triunfo de Richard Nixon como candidato a la presidencia por el Partido Republicano. Nunca hubiera creído que un hombre de sus extrañas características pudiera jamás escalar el solio. Me parece que triunfó por la ausencia de buenos adversarios. Nelson Rockefeller, uno de los candidatos de más esperanzas políticas le dejó libre el campo, favor que Nixon le pagó mal cuando, ya Presidente, le encargó la difícil y azarosa tarea de realizar una gira continental y preparar un informe económico. Nelson desempeñó su cometido con gran cuidado y competencia, pero el proyecto respectivo se encarpó apenas lo presentó, como para recalcar la insignificancia de un rival.

No se puede vivir tanto tiempo en un país como los Estados Unidos sin admirar muchas de sus virtudes y algunas de sus admirables instituciones, de modo que llega un momento en que uno se pone a sudar calenturas ajenas. Tal ha sido mi caso. Seguí la política de ese país con tanto interés como si fuera la del mío propio, y en cierto modo con mejor conocimiento de causa, porque la política norteamericana es menos oscura y confusa que la nuestra, que no he logrado comprender en los diez años y pico

que llevo incorporado de nuevo a mi tierra.

Nixon está dotado de una personalidad que provoca instantáneamente la antipatía, aun por un simple detalle como el de tener asimétricas las mejillas, con una más abultada que la otra. He seguido la historia de Nixon desde que apareció en el escenario de la vida nacional, cuando fue nombrado compañero en la elección presidencial de Eisenhower, en calidad de vicepresidente. Era Eisenhower un soldado, aunque algunos le negaban esa distinción, y vivió en cierto modo en Babia en la política. Había sido elevado a la presidencia de Columbia University, una de las universidades de mayor prestigio en el país; pero nadie lo tomó en serio como presidente de esa institución y era con frecuencia objeto de cuchufletas entre profesores y alumnos (yo entonces tomaba cursos esporádicos en esa universidad y me di plena cuenta de la atmósfera que rodeaba al viejo soldado). Alguien se acercó a Eisenhower para decirle que no le convenía andar en compañía de Nixon porque corrían rumores de que había dado malas cuentas de unos 18 mil dólares que los petroleros del suroeste habían aportado para la campaña.

Acusaban a Nixon de haber echado la gata a retozar con ese dinero. Eisenhower se alarmó y se interpe-
ló a Nixon, quien "aclaró" las cosas



Cristián Rodríguez

en una comparecencia televisada, en la que lo acompañaron Pat (la esposa), sus hijas y no sé si la lora también. Nixon fue reinvidicado, pero desde entonces cobró el sobrenombre de "Tricky Dick" (Ricardito el Marrullero). Más tarde se anunció el "nuevo Nixon", pero muchos dudaban de la reforma, recordando el refrán del canino que se acostumbra a comer posturas de ave. Se decía que

era inescrupuloso, que sacrificaba a cualquier amigo con tal de surgir, pues era esencialmente un arribista.

Una de sus víctimas más famosas fue Albert Hiss, que acompañó a Roosevelt a la conferencia de Yalta. Se hizo aparecer a Hiss como vehículo de una conspiración soviética contra la democracia norteamericana. El juicio de Hiss fue de lo más pintoresco, pues entre los declarantes había una mujer que había sido espía y se había reformado y un famoso periodista panzón, que había sido también un "courrier" (correvedille) comunista pero que había cantado el mea culpa y reveló documentos inculpatorios que guardaba en una calabaza enterrada en el patio. Fuera Hiss culpable o no de los cargos que se le hacían, aquel Subsecretario de Estado, que mereció la confianza de Franklin Roosevelt fue moral y físicamente destruido y cuando salió de la cárcel era un espectro humano. Se divorció de su abnegada esposa y algún tiempo después murió.

Nixon hizo graves cargos a Kennedy por el fiasco de la invasión a Cuba por la Bahía de Cochinos. La verdad, sin embargo es que el plan que puso Kennedy en marcha — muy mal manejado — había sido incubado en la administración de Eisenhower. Nixon lo sabía muy bien, pues asistía como vicepresidente a los consejos de gobierno. Sin embargo, no tuvo empacho político de enrostrarle ese fracaso a John F. Habría muchas otras cosas que decir y que omito en aras de la brevedad. El resto de la participación de Nixon en el escándalo de Watergate es historia bien conocida de todos y tan reciente que no es necesario mencionarla.

No parece caballeroso hacer leña del árbol caído, pero ningún político es árbol caído y en cualquier momento puede resucitar a la escena política, como la figura pintoresca de don Juan Domingo Perón.